

Ábrese el Bazar á las 8 mañana.
Ciérrase á las 19:60 noche.

AÑO XXXI

1.º

VIERNES

1892.—Se publica el primer número
de este periódico.

Para los forasteros S. Bienvenido.

El Bazar Murciano

EN MURCIA: Platería, 66 y 68 — CASA EN CARTAGENA: Mayor, 33 —
ECO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SU NOMBRE
DIRECTOR PROPIETARIO: Ricardo Blázquez

Un ideal periodístico

Porque he fundado y dirijo periódicos, acude a mí un hombre laborioso y de recia voluntad pidiéndome unos renglones para la Revista que él fundó y dirige desde hace treinta años.

Gustosamente atiendo ese deseo y cumplo el deber de aplaudir la tarea que en pro de las letras españolas viene realizando «El Bazar Murciano».

Todo es excepcional y envidiable en esa publicación, lo mismo en su presentación material que en su contenido espiritual y, acaso, el mayor de sus atractivos consiste en la circunstancia de aparecer solo una vez cada año.

Los conflictos sociales, la dificultad de obtener papel y los enojos consiguientes al contacto con la vida diaria y a las polémicas del oficio, son cosas absolutamente desconocidas para don Ricardo Blázquez.

Feliz, satisfecho y en pleno disfrute de una posición bien ganada, vive en Murcia el fundador-Director de «El Bazar Murciano».

Para perder todo lo que hoy tiene y, antes que todo, la tranquilidad, le bastaría efectuar una pequeñez: convertir en diario ese ideal periodístico que ve la luz anualmente.

TORCUATO LUCA DE TENA

Director de «A B C»

¡Al Bazar por todo!!...

La Patria está en grave apuro; mas los chicos del Congreso se aumentan las dietas, y eso te huele mal de seguro.

Pues si eso te huele mal, te vas al Bazar Murciano y a Blázquez, que es campechano, le pides Colonia Gal.

¿Que Inés Cano, linda flor, que con su desdén te aflige, una pulsera te exige para rendirse á tu amor?

Pues, si es eso lo que espera, te vas al Bazar Murciano y a Blázquez, para Inés Cano, le compras una pulsera.

No sufras gran desconsuelo si, hablándote de Melilla, de una manera sencilla la Prensa te toma el pelo.

¿Te quedas pelón? No tal, pues vas al Bazar Murciano y Blázquez en propia mano te entrega Petróleo Gal.

Aun cuando en muchos momentos te causan placer los trenes, temor á los choques tienes y a los descarrilamientos.

¿Te quieres tranquilizar? Pues véte al Bazar Murciano y que allí Blázquez, ufano, te venda un tren de jugar.

¿Que te la pega tu amada señora con un tunante y ha de quedar al instante tu honra con sangre lavada?

Pues, para no quedar mal, te vas al Bazar Murciano y Blázquez, que es hombre sano, te surte de Jabón Gal.

¿Que te molesta el vivir de una manera mezquina, porque el sueño te domina y no haces más que dormir?

Pues el remedio mejor es irte al Bazar Murciano y que su dueño serrano te venda un despertador.

En módico y en lujoso, cuanto es preciso en la vida lo hay en la tienda surtida de Blázquez, el prodigioso,

pues si a visitarla vas, desde el primer biberón encuentras hasta la Uñción... ¡No puede pedirse más!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Para «El Bazar Murciano»

Metamorfosis

La muñeca que quería ser mujer

De mi belleza nadie hace caso, en mis hechizos nadie repara, ni en mi lujoso batín de raso, ni en mi rosado matiz de cara.

Como a una esclava van a venderme, y yo espontánea me entregaría; aquí encerrada, dócil e inerte, sufro en silencio la tiranía.

Mis ojos dejo que el llanto anuble, Ser libre ansío... ¡Oh, a quien pluguiera darme una almíta tierna y voluble que a una griseta me pareciera!

La mujer que quiso ser muñeca

Mi blonda amada, que yo bendigo, en sus anhelos dulce y mimosa, ya no sabiendo que ser conmigo, en vez de niña quiso ser cosa:

Y ser soñaba linda muñeca, menuda y ténue, cuyas delicias, de mis afanes fuesen la ruca y el relicario de mis caricias.

Aunque arriesgado juzgo mi juego, mujer te quiero de realidad; pues ni aun de piedra, huyes el fuego que asedia tu árdua fragilidad.

ANDRÉS SOBEJANO

1922.

MADRID

Cuartilla suelta

Sin duda, dentro de lo normal, el hombre más femible es el más fuerte; y el hombre más fuerte el más perseverante, el más tenaz. Por el momento, pueden triunfar y de hecho triunfan los más ingeniosos y los más hábiles; empero si les falta el don de la perseverancia y tienen por enemigo a un tenaz, sucumben irremisiblemente. «El que perseverare

hasta el fin, ese será salvo», dice el Salvador. Y también: «El que una vez puso la mano en el arado y vuelve la cara atrás, éste no es apto para el reino de los Cielos». Quién en los buenos propósitos y mejores obras persevera, es seguro triunfador. La perseverancia es ejercicio y continuidad; es por lo tanto tradición y experiencia, y consiguientemente progreso. Y progresar es vencer.

He aquí la cualidad sobresaliente de Ricardo Blázquez. Es ecuaníme, equilibrado, sereno. Lleva la luz levantina en el cerebro y la espuela de las legítimas ambiciones le roza perennemente el corazón; pero todo eso sería nada, si no fuese un perseverante, un hombre que desde que puso la mano en el arado, no ha vuelto la cara atrás. Repárase en que si la gloria es para los genios, el dominio efectivo del mundo es para los perseverantes. Blázquez, con su tenacidad, tenía necesariamente que obtener las más grandes victorias...

MIGUEL PEÑAFLOR

15 Agosto 922.

El agua y la noria

Alegre cual un himno de victoria, al separarse de la vieja noria que la sacó del insondable pozo, el agua con el íntimo alborozo del que logra la ansiada libertad, así dijo: —Me mueves a piedad; me inspira mucha pena, mucha pena mirarte siempre uncida a tu cadena, dando tumbos y vueltas en la hondura para elevar el agua fresca y pura que al dejar su prisión huye de tí. ¡Adios! En el jardín seré arroyuelo, ola en el ancho mar, nube en el cielo, y en el manto del sol seré rubí...

Y contestó la rechinante noria: —Cuando alcances la cumbre de tu gloria ¡ya volverás a mí!

M. R. BLANCO-BELMONTE

RETAZOS

Porque nació en Roma Elisa, su madre que disparata de un modo atroz, asegura que tiene una hija romántica.

Un día, el año pasado, en la plaza de un lugar ví salir a torear a un peón alto y delgado. Y uno que estaba a mi izquierda exclamó en tono guasón: —¿Y a eso lo llaman peón? ¡Pero, hombre, será la cuerda!

—Ayer no pegué a Mariano, respondiéndole a sus insultos, por ese defecto físico que inspira lástima a muchos. —¿Y por eso te aguantaste? —¡Claro, como es tartamudo!

Comparados con algunos ladrones bien conocidos, hoy los siete niños de Ecija, serían siete... mesinos.

En nuestro Bazar Murciano hace dos días o tres, entró a comprarse unas gafas el candoroso Miguel, y las pidió al dependiente del número dieciséis.

—De ese número no tengo— le dijo el muchacho.

—Pues démelas de otro cualquiera —contestó el comprador— que para que me sirvan algo de mi parte he de poner.

Creo que no está acertado el juez de Instrucción, Conrado. ¿Que por qué? Pues es sencillo: porque quiere al que es honrado y requiere al que es un pillo.

Son los pinos con su aroma un encanto, una delicia. Siempre verdes, siempre verdes... ¡Como algunos novelistas!

¿Qué será, que te quiero porque en tu rostro veo un lunar— ¡un lindo lunar tan solo!— y que a tu madre no puedo verla y tiene tantos lunares.?

—Luisa, que es una cotorra riñó ayer con Juana y ya su odio inmenso no se borra. —Pero bueno ¿hubo camorra? —Ya lo creo y... ¡ca... morrá!

Cierto poeta genial, me manda un libro ultraista, que no hay Dios que lo resista por ñoño e insuficiente.

Como el libro no me petó y no he podido acabarle, tenía ganas de darle un palo a ese mal poeta y aprovecho esta ocasión que hoy se me viene a la mano. ¡Mejor que El Bazar Murciano para darle un buen jabón..!

José RODAO

Segovia.

Un paraguas del "Bazar Murciano"

Al regresar de un viaje de salud, reintegrándome al horno matritense, me encuentro con un utilísimo regalo. Mis servidores le habían puesto sobre mi bufete de trabajo. Abrí la caja. Dentro venía un paraguas, que me envía el simpático e inteligentísimo Ricardo Blázquez.

Muchas gracias. Quisiera yo, amigo bondadoso, que ahora mismo me viera obligado a usarle. Pero el cielo, aunque algunas nubes le manchan, no anuncia el anhelo de caer de las frescas gotas. De suerte que este lindo paraguas que me regala el generoso Ricardo Blázquez, quedará para el otoño, esperando el momento.

El «Bazar Murciano» es una institución intelectual, un magisterio. Su dueño y director ha acertado con una fórmula perfecta de comercio.

Una sonrisa ilumina el establecimiento.

La gracia inventiva de un gerente pone sobre cada objeto vendible un prestigio. Quien compra en El Bazar Murciano adquiere lo que desea con una propina de inesperadas ventajas.

J. ORTEGA MUNILLA

Elogio de lo superfluo

Un amigo me ha dado el tema para este artículo del BAZAR MURCIANO. Me ha hecho observar, filosóficamente, que un Bazar es un escaparate de lo superfluo y que lo superfluo es aquello que preferentemente embellece nuestra vida, despierta nuestras inquietudes, enciende en nuestros espíritus la chispa fugaz de la ilusión.

Muñecas, esencias, bibelots, juguetes... lo superfluo. Poesía, ensueño, inquietud... lo superfluo. Realmente lo necesario es un mínimum, insignificante y rectilíneo, obra muerta de nuestro existir; si nos confinamos en lo necesario ¡qué llanura la de nuestra vida! ¡qué agobiadores horizontes! ¡Esas muñecas superfluas, más o menos animadas, de dulces o profundos ojos, con las trenzas negras o con las guedejas rubias, disponiendo de nuestra tranquilidad, forjando, ingenuas o coquetas, nuestros destinos! Decididamente lo superfluo es temible y es terrible; nos convierte en juguetes mecánicos; nos traba; nos hace frágiles peleles y mueve irónico los hilos de nuestro corazón.

Un Bazar es un sujeto formidable de sugestión filosófica, capaz de hundirnos en un pesimismo tenebroso. Hasta en esto resulta encantadoramente superfluo.

MARIANO RUIZ-PUNES

Las bellezas de España

SONETO

*Yo admiré en las grandezas de Sevilla
su Catedral gigante yuntuosa,
y en Granada la Alhambra prodigiosa
que es del mundo la octava maravilla.*

*Vi el Escorial, orgullo de Castilla,
los restos de Sagunto la famosa,
y Valencia, ciudad la más hermosa,
que del Turia destácase en la orilla.*

*Me sentí transportada a otras edades,
recorriendo las villas y ciudades
que gloria fueron del poder romano.*

*Y al blasón de mi España dando brillo
en Murcia, vi, las obras de Salzillo,
las verdes huertas y el Bazar Murciano.*

ANA MARIA S. GUERRERO.

FIGURAS DEL BAZAR

I

PEPITO

*Con singular inocencia
siempre y a todos sonrío,
y es general la creencia
de que nunca tengo frío.*

*Sólo una tenue camisa
cubre mi cuerpo rosado,
y aunque nieve, mi sonrisa
dice que estoy encantado.*

*Con las piernas a lo moro,
y a lo cristiano los brazos,
Pepito, soy un tesoro
en infantiles regazos!*

II

KIRIKI

*Las bagas del lazo
parecen dos alas;
mis ojos expresan
traviesa intención:
me llaman Kiriki...
y todos me miman,
porque piensan todos
que soy... el Amor.*

III

CHARLOT

*En mi alma la Ironía
su excoelso palacio tiene.*

*Mi sátira muda y fría
no temáis que os envenene.*

*Si el gesto ridiculizo,
si deforme mi apostura,
doy, en cambio, a mi figura
un extraordinario hechizo.*

*Charlot, censor de elegancias,
es en España torero,
y en todas sus arrogancias
vereis siempre al caballero...*

*al caballero guasón
de lo ridículo azote,
inmortal cual DON QUIJOTE
y el héroe de Tarascón.*

RODOLFO DE SALAZAR

Madrid, Julio, de 1922

EL ESPEJO

De cosas, de sólo una especie de pequeñas cosas—las cosas de todos los días—se forma en la mente del observador un vaso de valiosos incrustes y entalles, que luego se colma del verde licor del pensamiento. Y de ese verde licor debió colmarse el vaso de mi amigo Blázquez, porque vi, después de la escena que voy a narrar, en sus ojos, la danza de un brillo cúprico y burlón. Aunque es muy posible que este brillo fuese reflejo de alguna de las diversas pantallas verdes, colgantes de techo del «Bazar Murciano».

Pero el verdadero motivo debió ser una estupenda rubia adolescente y un espejo de tocador que compraba a Ricardo. La mujercita probó, repetidas veces, el espejo, como para llevarse el convencimiento de su bondad. Movía la fulva cabeza en todas direcciones, sin apartar los ojos—sus hermosos ojos azules, de un azul pálido como el de esos cielos que se serenán después de haber estado enfurecidos de tormenta—de la «luna». Y la luna iba copiando fielmente todos los ágiles escorzos de la perfilada cabeza de la mujercita. Junto a ella, una dama «muy otoño», pero aún poderosamente llamativa,—la mamá—parecía, de tan grave, haber recibido de Madame de Guyón un completo curso de quietismo... La muchachita seguía probando el espejo, sonriente y ajena a la mamá, a Ricardo y a mí, y el espejo devolvía todas sus «poses», adolescentes aún, con todo el narcisismo e indecisión que iba poniendo en ellas.

Y no se decidía aún por el espejo. Se agachó mirándole, así, de más cerca. Ricardo, pacientemente, con todo el sumiso aspecto de un Doctor Bolonio, sonreía, bondadoso. La mamá comenzaba a impacientarse.

Yo, que deseaba hablar con Ricardo, ante la aparición del espíritu de Friné, que vi, de pronto, entre las rosadas carnes núbiles amasadas con caricias de luz en el espejo, olvidé el motivo que me había llevado al Bazar.

Al fin, impaciente, la madre, dijo:—Niña, ¿te decides?
Y la niña contestó:—Sí, mamá; solo que no me veo más que la cabeza. ¡Y como es para el cuarto de baño!...

Después de este supremo atrevimiento, remate de una suprema ingenuidad «muy Regencia» y de unas afinadas observaciones que hizo Ricardo, la rubia se llevó, del Bazar, el espejo.

LUIS GIL DE VICARIO

¡Qué exagerao!

Era Pepe Briones fan ducho en los amaños de elecciones que no existió consero, conocedor de su destreza rara, que no solicitara el concurso de aquel electorero de habilidad preclara. Maestro consumado en el arte sutil del embuchado, candidato a quien Pepe protegía, eso ya se sabía, triunfaba sobre todos los rivales por los medios corrientes, no diremos legales, pero muy «confundentes»...

Si no le pone «usté» a mis candidatos cien votos más que al otro pelagatos, que les quiere robar la investidura con «indiznos» amaños,

¡le pulverizo a «usté» la dentadura!
¡le como los redaños!
Y ante tales razones,
y otras por el estilo,
esté Pepe el Tranquilo
había tenido «triumfos» a montones.
«Usté no es Luis Mamerto... caballero»,
usté es un embustero
que ha votado tres veces... Conque ¡andando!
—¡Protesto!

—¿A ver la cédula?

—¡No quiero!

—¡Probón!

—¡Bolquevichiquil!

—¡Chanchullero!

¡¡Prumm! (La browning de Pepe disparando.)

Al aire disparó, pero es lo cierto, que el plomo fué a alojarse en el ojo derecho del Mamerto, que echó un voto redondo al desmayarse, y otro al volver en sí y hallarse tuerto. Fué a la cárcel Briones, y el Mamerto, tras muchas desazones, consiguió que el partido liberal, a que estaba afiliado, le regalara un ojo de cristal para sustituir el «malogrado». «Este ojo modernista, —exclamaba orgulloso,— acredita mi fé romanonista, ¡si es alcalde Raposo y no me da un destino...! —Hiciste el «indio», mi querido esposo acabó su mujer con mucho tino. —Cuando «salga» Briones, —exclamaba Mamerto—o se las guilla, o sin contemplaciones ¡lo voy a hacer papilla!

Le dijeron al preso lo que se proponía aquel tuerto, ya obseso por la venganza rencorosa y fría, y pensando en el ojo de cristal que Mamerto llevaba, respondió el prisionero muy formal al que las amenazas relataba: «Dile a ese... desgraciado, que se ande con cuidado, que calme su fiereza, porque si se «amontona», ¡del tiro que le meto en la cabeza, va tener que ponerse una... bombonal!»

MIGUEL PELAYO

Mi único deseo

Declaro sinceramente que, hoy por hoy, en Murcia huelga, ya establecida en el Parque, ya instalada en la Glorieta, lo que de necesidad fué en otros tiempos: la feria. Entonces se la esperaba con verdadera impaciencia para adquirir mil artículos que no estaban a la venta, durante el año; más hoy ¿quien no adquiere cuanto quiera si entra en el Bazar Murciano y paga en buena moneda? De modo que, a no dudar, Blázquez resolvió el problema de que para ciertas cosas viva Murcia en plena feria. Solo por este concepto no es extraño que merezca parabienes a granel, a porrillo enhorabuenas y que la diosa Fortuna sin cesar le favorezca para que al llegar a viejo, cuando le flaqueen las piernas, estén convulsas sus manos, no peine un pelo siquiera y el ver a una chica guapa sea para él como no verla, pueda otorgar testamento dejándole Murcia entera a los hijos de su alma, en tanto el pueblo le eleva un monumento magnífico en que mezclados se vean los juguetes que a la infancia colmaron de dicha inmensa y que en el Bazar Murciano estuviéron a la venta. Este es mi único deseo, por lo que a Blázquez respecta, de suerte que en este punto punto pongo, firma y fecha.

JULIO HERNANDEZ.

Catagena 25 Julio 922.

RIPIOS FESTIVOS

Blázquez, protéico.

*La famosa y flamante Coalición,
en discursos, artículos y pláticas
de correcta dicción,
dice, entre otras verdades axiomáticas,
que posee las «esencias democráticas»,
bálsamo para el mal de la Nación.*

*El propietario de la casa Gal
a fuerza de trabajos y experiencias,
realiza su poético ideal
de encerrar en las finas transparencias
de un primoroso frasco de cristal,
las mas «aristocráticas esencias»
que produce la industria nacional.*

*Blázquez, el dueño de El Bazar Murciano.
—Lugar de aristocrática reunión,—
es siempre y para todo parroquiano,
demócrata, sencillo y campechano,
aún mas que la famosa Coalición,
que a España ofrece democracia en vano.*

*Protéico comerciante,
hombre polifacético y genial;
espíritu inquietante,
que es como un claro vaso rebosante
de esencia liberal,
y, en ese mismo instante,
soberbio, aristocrático y galante
como el perfume de la Casa Gal...*

ENRIQUE SORIANO

1922.

Ricardo, omnipotente

Así como suena. A Ricardo en lo humano nada hay que se le resista.

Debajo de la escalera, donde tiene su despacho, en mangas de camisa y con unos lentes ennegrecidos y desvencijados sobre la nariz, planea, dispone y resuelve a su gusto, sin que nadie ose resistir sus órdenes.

Cada año ha dicho: quiero que colaboren en mi Bazar éstas o aquellas eminencias de la literatura nacional, y lo mismo Benavente que Echegaray, Ortega Munilla, Francos Rodríguez etc., etc., todos, con perfecta unanimidad, han acudido a su llamamiento y han desfilado, como sumisos y obedientes redactores por las columnas del periódico.

Para el número presente pudo surgir un gravísimo escollo con la huelga de correos; pero, hasta en esto se advierte su acierto; pues supo adelantarse a los acontecimientos, y pidió y obtuvo la colaboración, antes de los sucesos y sin el más ligero contratiempo.

El punto más difícil ha estado en su impresión.

El «Bazar» es consustancial con las máquinas de «El Tiempo». Desde su fundación, ya en tiempos del maestro Tornel, el «Bazar» comenzó a publicarse en las máquinas de «El Diario de Murcia». Aquella imprenta es la misma del diario ciervista y a la muerte del periódico de Tornel continuó con el compromiso de imprimir el periódico de Ricardo.

Este año, la aglomeración de trabajo hacía imposible la realización de la empresa; pero Ricardo se impuso, según él, por un motivo sentimental; era imposible que aquella máquina que durante tantos años había abrigado en su platina al periódico, dejara de hacerlo.

Era un insulto a la vejez y él no podía consentirlo. Ante la imposibilidad material de que la máquina vieja llenase su cometido, había que darle siquiera el consuelo de que a su lado se imprimiera en la máquina nueva y, de este modo se había hecho la obra buena de cumplir con los respetos que merece la ancianidad.

Y triunfó Ricardo, y restando horas de la labor diaria, «El Bazar» vuelve a salir de las máquinas de «El Tiempo».

Pero no es este solo su triunfo. El que escribe estas líneas, que anda siempre bastante escaso de tiempo y, que por añadidura, el poco que le queda libre desea dedicarlo a cosas menos apremiantes que emborronar cuartillas, se ve obligado a hacerlo, porque acude con el insistente e ineludible agobio de que hay que llenar un hueco y ese hueco está reservado para mí.

Dígame usted ahora, ¿tenía o nó razón para decir que Blázquez es omnipotente?

NICOLÁS ORTEGA

Tres consideraciones en tres párrafos

Hoy está el lector por no perder las horas. Coje un periódico y su deseo sería enterarse de todo en el tiempo mas breve posible. Claro es que en ello hay sus distingos y el que sea un poco observador puede deducir la psicología de un individuo con solo ver cómo lee estos periódicos que nos-

otros los periodistas hilvanamos. La variedad atrae, lo monotono aburre y hastia. Un periódico ha de llevar en su confección muchas cosas, en desorden ordenado, para que el lector pique y lea. Es indudable. Tal consideración hace triunfar al compañero Blázquez. En su Bazar ha aplicado esta teoría profesional; hay allí innumerables objetos, figuras de mil clases, artículos para todos gustos. Hay lector que compra un periódico buscando una crónica guerrera y, leyendo cosas frívolas, acaba por enterarse de lo que dice Dy Safford en una de sus producciones. Y lo mismo en el Bazar Murciano. Entra un comprador para adquirir un paraguas y termina por llevarse también una botella de Petróleo Gal. Y este es el triunfo de la diversidad.

Blázquez no tiene necesidad de hacer artículos... por que se los dan hechos. Solo ha de expenderlos y si me apuran mucho diré que solo le está permitido hacer el artículo del que quiera vender, cuando tropiece con algún comprador durillo de pelar. Los periodistas hemos de ser enciclopédicos, y me refiero a los que quieren sacar la cabeza en este pícaro mundo. Un artículo hablando de la Luna, de los rumores del mar o de la paz de un valle, bien puede ser un artículo de fantasía; otro de Sociedad hablando del monísimo vestido de Fulanita o de la moda imperante en la forma del puño de los bastones, ¿no puede ser un artículo de lujo? Y así todo. Con artículos se forma el Bazar, este en el que ahora escribimos y el otro, el de la calle de la Platería. Solo existe una diferencia: la tangibilidad. Y para eso tenemos que las informaciones se escriben sobre realidades, y las realidades se tocan.

Los que no peinamos canas en estos menesteres literarios pasamos las de Caín en trances como el presente. No podemos decir tonterías o mejor dicho no debemos. Hemos de hacer una cosa que esté bien y nada más. Por eso el agradable Blázquez al pedir nuestra colaboración para su periódico nos pone en un aprieto; si señor. Escribir en el «Bazar» es armarle a uno caballero del «Bazar Murciano» y la verdad bien merece el honor que saquemos del magín algo de enjundia. Pero ¡qué diantre! quien no paga con moneda cantante y sonante lo hace con voluntad firmísima y propósito inquebrantable. Así es que en el próximo número irá toda mi averiada sabiduría. Quedamos amigo Blázquez

«con que la apuesta está en pié.»

CÉSAR MARIANO CALDERÓN

Romance morisco

Sultana de mis amores, la odalisca más preciosa, que nació en tierra africana y pisó tierra española, que es Alá grande y divino y son perfectas sus obras; ¿qué te pasa? ¿qué te pasa? ¿por qué estás triste y llorosa y en la soledad te ocultas y vas buscando las sombras? Ya no lucen tus mejillas el color de la amapola y palidecen tus labios que fueron nidos de rosas. En tus ojos ya no brillan, luces, donde el sol se copia, que eran chispas y destellos de una hoguera abrasadora, donde tantos corazones hallaron muerte dichosa. Ya no tienen tus palabras, cuando de tus labios brotan, las envidiables dulzuras de las mieles de tu boca. Ya no presides las justas, en otros tiempos famosas,

ni ciñes pechos triunfantes con las bandas vencedoras, bordadas por esas manos que hizo Alá de nieve y rosa. Ya no prenden tus cabellos en las fiestas suntuosas perlas de bellos matices, ni diamantes de Golconda. ¿Qué te pasa? ¿qué te pasa? ¿Por qué tu cuerpo no adorna, y no exhala aquel perfume, aquel delicioso aroma, que despertó las envidias de cristianas y de moras?

Mas, ¡ay de mí! tu secreto, lo adiviné mi congoja y ya sé por qué estás triste, por qué sufres, por qué lloras, En Murcia, en la bella Murcia, ya tus adornos no logras, ni el tinte de tus mejillas, ni aquellas piedras preciosas, ni collares que brillaban en tu cuello de paloma, ni aquel aroma divino de cien flores olorosas. Es, sultana de mi vida, dulce musa de mis trovas, que ya en el «BAZAR MURCIANO» galas ni perfumes compras.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

Chascarrillo

Pedro y Juan son dos amigos de una amistad tan estrecha, que lo que es del uno, el otro, como suyo se lo cuenta. Todo es de los dos a un tiempo: sus intereses, su hacienda, sus triunfos y sus quebrantos, sus dichas y sus tristezas. Eso de lo tuyo y mío, son palabras que, no aciertan a comprender, y por eso nunca, entre sí, las emplean. A tal extremo en sus cosas tan mancomunadas, llegan, que, cierta vez, se metieron en esa famosa tienda Bazar Murciano que vende cuanto a usted se le apetezca y encarándose con Blázquez, le dicen con mucha flema: —¿Tiene usted unos instrumentos morunos que los emplean para tocar en sus zambras los rebeldes de Alhucemas? —¿Querrán decir chirimías? —¡Quía! No, señor.—le contestan. Lo que nosotros venimos buscando, son chirinuestas.

MANUEL LASSA.

Carta panocha

Que escribe Flugencio Zanches ar tío del «Bazar Murciano»

Siñor don Ricardo Blásques: Ahí le mando este recaio con el zagal del Perete, pa que me merque estos bártulos: Un máuser de veinte cláculas; una escopeta; tres látigos; una pistola menúa pero de tiros bien largos, como esas que en Barcelona llevan los der Sandigato; veinte navajas barberas; cuarenta y ocho vergajos; un atomovil d'aquellos que van po azaga sortando una rugía de juebo ar que s'atreve a mirallos; una batería completa de morteros y aroplanos; cuatro pares de cajones con carretillas de a cuarto; ocho kilos de granás con metralla en vés de granos; diés falones del jur-bai; un jusil y un fonograjo. ¿Que si me voy pa la guerra? No siñor: es que me caso, y mi novia fié la esjracia de tener máere. ¡Qué rábanos! Le salúa con afléuto,

Flugencio Zanches (er manco)

POR LA TRANSCRIPCIÓN,

F. FRUTOS RODRIGUEZ

La muñeca de mi muñeca

Apasicnadamente, con ansia y con ardor de adolescente, yo adorc una muñeca primorosa, blanca como la luna, en cuyo rostro floreció una rosa, olorosa y gentil, como ninguna.

Son abismos sin fin sus ojos bellos, más negros que el Dolor y que la Pena, más puros que el albor de la azucena, que ofrecen, en el sol de sus destellos, rubias mieles de amor, dicha serena.

En la encantada comba de su frente, resplandecientemente, brilla el beso de nácara de una estrella a la que mira embelesada Ella; y del manto de sombras de su pelo, —más fino que la seda y más radiante— se desprenden cien rizos, como en celo por gozar la caricia del semblante.

Mi muñeca ideal, mi virgen loca, la que admiro con fe y amo sincero, que un sangriento clavel lleva en su boca y en su cuerpo un temblor de jazminero; esa niña-mujer que adoro tanto porque rendí mi alma a sus primores, dejó caer las perlas de su llanto al perder la ilusión de unos amores...

Por capricho quizás de su alma inquieta, —aunque a su edad la Vida no es arcano,— amaba a una muñeca muy coqueta, que adquirió algún espíritu-poeta, en el regio y triunfal «Bazar Murciano».

Pero el Destino, un día, ¡triste fecha! clavó en su corazón aguda flecha. Con un rubio angelote—sol y armiño,— jugaba bulliciosa y confiada y para más ganarse su cariño en las frágiles manos de aquel niño la muñeca dejó tan adorada.

Y ocurrió la tragedia. De los brazos débiles del pequeño, el juguete cayó y en cien pedazos en el suelo quedó todo el ensueño que abrigó una mujer con vivo empeño.

No quiero recordar la triste escena desarrollada al pié de su ventana. —Qué desgracia soy,—dijo con pena,— y se puso a llorar con toda gana. (Lo confieso, lector, también mis ojos se empañaron de llanto. ¿Qué hombre no siente todos los enojos de esa mujer que forma nuestro encanto?)

Ya calmados los dos, ella doliente, las causas inquirí de su amargura; y con velada voz, muy tristemente, me refirió su mal, «su desventura».

Fué más tierno el idilio aquella noche... Le hablé de su dolor, compadecido, y haciendo que olvidara el bien perdido, de ternura y amor en un derroche, cierta promesa deslicé en su oído... ¡y su pena cerró de un beso el broche!

LEOPOLDO AYUSO

Agosto, 922.

VOLUNTAD

Nada tan pròpenso a sucumbir al embate del tiempo, como la humana fortaleza, que tiene su baluarte en la voluntad, aunque no sólo ella sea capaz de sustentarla.

Por lamentable que sea, la historia enseña que a través de años, de lustros y de siglos, van desvaneciéndose principios del carácter, timbres psicológicos, tradiciones y aún sentimientos que corren apegados al alma española por naturaleza, y que con dolor vemos amortiguados hoy, desdibujados mañana, desaparecidos, en fin, para alimentar los gratos recuerdos de lo que fué y no vuelve:

Principios racionales contra los que vedan alzarse unos dictados paralelos a la naturaleza misma, marcan la pauta de conformidad irremisible hacia esa obra demolidora, que es hija del tiempo. Pero el genio, sin embargo, tremolando un airón glorioso de protesta contra la inercia que tolerase extinción rápida y perenne de cuanto en los pueblos delata su fisonomía, renueva, mejora, reedifica y lucha por la conservación y perpetuidad de lo que es suyo, privativo y genérico.

He aquí el caso del «Bazar Murciano» con tanto tesón mantenido por un solo esfuerzo: el de Ricardo Blázquez que, a despecho de otros sensibles ejemplos de cansancio y pereza que restan esplendor a la feria murciana septembrina, esperece por el país pregones de actividad que hacia Murcia hacen tender la mirada y llevar el pensamiento, a merced de esa voluntad férrea y perseverante, que la hermosa y florida ciudad de la Torre ambicionará perdurable...

ABELARDO L. TERUEL

Alicante-Agosto-922.

La estética del perfume

Oloresas disquisiciones

A la Casa Gal y a Ricardo Blázquez

Decía nuestro espiritual Saavedra Fajardo que «no vive más el que más vive sino el que mejor vive».

Y el que mejor vive es el que satisface no sólo las exigencias intelectuales y morales, sino el que recrea y aristocratiza sus criterios externos, estas complicadas ventanas de los sentidos, por las cuales nuestra alma se asoma al planeta y ve, y huele, y oye, y coqueta con perfumes y sonidos y colores...

No es el olfato un sentido inferior. Por considerarlo así hemos descuidado su educación, y la consecuencia lamentable de este descuido, es que la mayoría de los mortales, aspira con fruición los olores chillones, como el ojo virgen del niño ama los colores llamativos.

Ninguna naturaleza exquisita, ningún espíritu d'élite podrá jamás confundir un perfume de baja estofa, plebeyo, con el arrobador aristocrático, con la suprema distinción de los productos Gal.

¡Sería como confundir un eructo con un suspiro...!

Hay toda una gama olfativa que nos permite hablar de sinfonías de perfumes, como se hablaba entre los estetas del Modernismo de sinfonías de colores... ¿No recordáis el soneto de las vocales? ¡Oh, manes de Rimbaud...!

El maquillaje es un arte y un consuelo... Una frente que brilla como la nieve al sol... Unos ojos magnéticos, alargados por el pincel, húmedos y adormilados, que nos fascinan como un deslumbrador misterio... El livor de unas ojeras artísticamente dibujadas... El encendido carmín de unos labios adorados... ¿No proclaman a cada minuto la divina fuerza de seducción del maquillaje?

Ahí tenéis al maravilloso Petróleo Gal... El solo hace surgir en el más vulgar de los tipos femeninos sublimes encantos. ¡Oh, los encantadores bandeaux rubios, como mieses al sol...! ¡Oh, las sugestivas patillas, negras como la pena, parisinas y gitanescas, que dan a nuestros adorados tormentos una gracia apicarada y lujurante, y transforman a una novia cándida en un monísimo bandido de pandereta...!

El buen pueblo proclama en sus coplas el irresistible sortilegio del perfume:

Dolores, Dolores
¿Con que te lavas la cara
que tanto te huele a flores?

Al conjuro del olfato, nuestro pueblo huertano canta:

¿Qué tienes en ese pecho,
nena, que tanto te huele?
Alábega de la fina,
malvarrosa y limón verde

La casa Gal nos cautiva con la distinción insuperable de sus perfumes, y a la vez hace una labor artística y educadora con los maravillosos estuches, envolturas y cubiertas de sus productos; con la gracia de los dibujos; con la elegantísima figura de los frascos, florecidos de rosetones, de arabescos, de iris, de azulejos...

Decididamente si la música es un remedio ideal, por su poder enervante, en las enfermedades nerviosas, los perfumes Gal son los grandes evocadores en los males platónicos y en las crisis sensuales...

Bien sabe el gran Ricardo Blázquez lo que se hace...

ENRIQUE MARTÍ

Agosto-922.

Un recuerdo

Para todos aquellos que fueron colaboradores de EL BAZAR MURCIANO y que han pasado a mejor vida, tuvo siempre este modesto periódico el homenaje de su recuerdo.

Este año he de añadir a esa triste lista el nombre de don Carlos Cano, gran amigo mío y uno de los que con mas cariño colaboraron en EL BAZAR.

Su ingenio vivo y chispeante, su ironía fina y penetrante y su inspiración sana y fecunda habianle granjeado un nombre ilustre en las letras patrias y, entre nosotros, una admiración viva y calurosa que se agrandaba con su trato caballeroso y sencillo y con su exquisita corrección.

Sus cuartillas eran las primeras en llegar. Nunca tuve que cumplir esos deberes de etiqueta de la invitación, porque para don Carlos Cano EL BAZAR MURCIANO era algo tan suyo, que acaso yo mismo no le excediera en interés por el éxito de su publicación.

De ahí, que me crea obligadísimo a dedicar estas líneas a su buena memoria, rindiéndole el tributo modesto, pero ferviente, de mi gratitud, que va envuelta en una sentida plegaria.

RICARDO BLÁZQUEZ

¡Lo quiere Dios..!

*¡No sé de qué pena
se inunda mi alma,
cuando el sol se pone
tras de las montañas
tiñendo las nubes,
plomizas y blancas,
de violáceos tonos,
de azul y de grana..!*

*Las sombras se acercan:
los pájaros callan...
la luz de la luna
mucho en salir tarda...
los arroyos corren
por entre las zarzas,
y, hasta me parece,
que dejan sus aguas
de lanzar el dulce
murmullo que encanta...*

*Tierna, el aura, y tibia,
leve y suave, el aura,
refresca mi mente
y quiero besarla...
pero, ¡no es posible..!
la brisa es innata,
y como impalpable
su propiedad guarda...
Y aún sigue en mi pecho
germinando el ansia
de saber qué es eso
que a mi ser maltrata...*

*¡No sé lo que tengo..!
¡no sé qué me pasa..!
Algo me sucede,
algo me acobarda...
algo hay en mi seno
que dolor se llama...
algo en mi ser siento,
que hiere y que mata...
¡Qué triste es la vida,
cuando no se goza
de paz ni de calma..!*

*¿Qué será, Dios mío,
lo que a mí me pasa,
que no estoy tranquilo
como antes lo estaba,
que nada me alegra,
que todo me cansa..?*

*¿Por qué estos lugares
de tierra sagrada,
donde yo he nacido,
no dan a mi pecho,
no dan a mi alma
vida tan alegre
como antes me daban..?
¿Por qué está mi espíritu
vagando en la nada..?
¿Por qué enloquecida
mi mente se halla..?
¿Por qué mis pulmones
de aire no se ensanchan..?
¿Por qué están mis ojos
llenos de lágrimas..?
¿Habré ya perdido,*

del bien, la esperanza..?

*¡Oh, gracias, Dios mío..!
¡Oh, Dios, gracias, gracias..!
¡Sí, sí; la conciencia,
que al deber me llama..!
¿Que debo quererla..?
¿Que no he de dejarla..?*

*Pues, bien: ¿Tú lo quieres..?
¿Lo quieres. Tú..? ¡Basta!...*

*¡Ven aquí, Maruja..!
¡ven aquí, murciana..!
¡ven aquí, ángel mío..!
¡ven aquí, mi alma..!
y, pues Dios lo quiere,
y en su esencia manda,
vamos a querernos,
vamos a mi casa...
venite con mi madre,
que es buena, y que es santa...
unamos los labios,
sequemos las lágrimas...
sean, de nuestros ojos,
de amor, las miradas...*

*¡fundamos en uno nuestros corazones,
fundamos en una también, nuestras
almas!*

MADRID

CÉCILIO RECALDE

EL BAZAR MURCIANO

Hay que fijarse un poco para comprender todo el alcance y el escollo de ese calificativo.

No es murciano el Bazar de Ricardo Blázquez, sólo de nombre, y porque esté situado en Murcia. Es murciano, porque no es solo suyo, ni está sólo en la calle de la Platería; sino porque es algo nuestro, de todos los murcianos, y se halla virtualmente, no diré que en todas partes, como Dios, porque sería herético; pero sí en todas nuestras casas, llenándolas de los mil objetos de su procedencia, que son como otros tantos jalones del camino de nuestra vida. El juguete o la muñeca que nos compraron de niños; el bastón y la cartera, cuando nuestro ingreso en el Instituto; la boquilla cuando comenzamos a presumir de hombres; más tarde la vajilla o la lámpara de comedor o de despacho, regalo de nuestra boda...

La mujer lo recuerda aún más que el hombre; porque más caprichosa, allí ha encontrado más abundante incentivo a su curiosidad y a sus deseos; el espejo en que se complace mirándose; los mil objetos de tocador que la embellecen. ¡Cuántas no han hallado allí, no en la fienda, sino dándole precisamente la espalda, en el umbral de una de sus puertas, el objeto de carne y hueso de sus ansias!

El Bazar, que rememora así nuestro pasado, es y será constante preocupación, y a veces pesadilla de nuestro presente y de nuestro porvenir, mientras vivamos y él exista, y tengamos hijos que reproduzcan nuestra vida.

Compenetrada, así, la vida del Bazar con la de Murcia, se ve que no ha podido él titularse más propia y expresivamente. Tanto es así, que al desdoblarse en la sucursal de Cartagena, siguió llamándose BAZAR MURCIANO, y no cartagenero. Y si extendiera su radio de acción hasta competir en la corte con aquellos bazares, seguiría llamándose lo mismo.

Y es que Blázquez se consideró siempre murciano de adopción. Aquí comenzó su carrera comercial; murciana era su malograda consorte; con aguas del Segura se han bautizado sus hijos; y en Murcia descansarán sus cenizas. ¡Ojalá tarde muchos años Joaquín Bosque en llevar a los periódicos su esquila mortuoria!

Tan cierto es, como dijo García Gutiérrez, en su magnífico drama «Venganza Catalana», que

*la patria de la mujer
es el amor del marido.*

Como lo corroboró mi antiguo amigo, el doctor Maestre, en el discurso con que cerró, hace cuarenta años, la velada necrológica que dedicamos a Selgas, diciendo: que *el hombre no es de donde nace, sino de donde ama.*

R. SANCHEZ MADRIGAL

Caballos de cartón

Cabalgamos ilusos por la vida tras el poder, la gloria y la ilusión: impacientes instamos los caballos suponiendo correr como voló encima del famoso Clavileño el loco soñador. Y algún día sabemos, ya muy tarde, que todos son caballos de cartón.

ANDRÉS BOLARÍN

URGENTE

Para el "Bazar Murciano"

Mi amigo Blázquez (que es algo cojo) y honra da a Murcia con su «Bazar», me pide un verso y un verso aflojo, pero carito le va a costar.

Pues, francamente, no es muy prudente pedir un verso de sopetón, con la agravante de «muy urgente», que oigo, al hacerme la petición.

Yo bien quisiera que tiempo hubiera, y así, tranquilo, con claridad, de sus vitrinas crítica hiciera que son asombros de novedad.

Tenga paciencia, querido amigo, y Dios mediante, ya verá usted, que si le agrada contar conmigo, no he de negarle yo tal merced.

Le ruego pague mi recibito que a esta cuartilla cosido va; y dice: *Vale por un Pepito,* pero que diga papá y mamá.

G. VICTORIA

YO TAMBIEN...

Soy casi un niño; este año empiezo en el Instituto, si Dios y mis padres quieren, el sexto y último curso, y pienso ser Bachiller antes del próximo Junio.

Cuando los libros me dejan un rato libre, me ocupo en hacer cuentos o versos. Claro es que no escribo mucho por si acaso los exámenes luego me «cojen de susto», que las lecciones son largas y los Profesores, duros.

Pero don Ricardo Blázquez no ignora, según cálculo, que hasta Octubre no habrá clases y que en Mayo dimos punto, y me llama a su periódico que es como un campo fecundo en que crecen y conviven desde el tronco más robusto, —el sabio escritor famoso— hasta el árbol diminuto, que apenas su tallo asoma sobre la faz del terruño.

Y yo soy el árbol-niño, más bien semilla que fruto. Hasta hace muy pocos años, Blázquez, en mi vida tuvo importancia transcendente que mi alma olvidar no pudo.

El ha sido mi Rey Mago, el que sus juguetes puso en el balcón de mi alcoba cuando en las noches del crudo invierno, en los Reyes sueñan odos los niños del mundo.

Por Blázquez y para Blázquez escribo estos versos. Dudo de que dignamente puedan en el periódico ir juntos con poesías de más fuste y con prosas de más jugo. Pero el que hace lo que sabe, porque aprender más no supo, cumple con su cometido. Y... ya, con lo dicho, cumplo.

MANUEL LÓPEZ VILLAR

Metafísica del mostrador

No es extraño que los ratos de ocio que nos ofrece el servicio del mostrador los dediquemos a filosofar.

Desgraciadamente esos ratos son los menos, sobre todo cuando se tiene un principal, como don Ricardo, que ni descansa ni nos deja descansar.

—A ver, dice, esa caja de jabones, que se ponga en el escaparate; aquella figura, que esté más de cara al público, que pueda observarla mejor; este aparato eléctrico, que se cambie de sitio para que no crean los compradores que son siempre los mismos; a aquellas maletas, que les dé mas de lleno la luz, para que sea mas vivo el destello de los dorados y así en continuo movimiento, nos tiene todo el día.

Sin embargo, como yo soy propenso a la filosofía, aprovecho los pocos momentos de reposo que me ofrece la labor diaria, para sacar deducciones de la experiencia de la vida.

«No es mas feliz el que mas tiene, sino el que mas se conforma con lo que tiene», y yo en eso de la resignación soy un Aguila.

He perdido la cuenta de los años que llevo como Aprendiz del Bazar; conozco todos los secretos del mostrador; las marcas mas enrevesadas, son el alfabeto de mi vida comercial; los objetos de valor, como, aquellos otros que estan siempre dispuestos para el saldo, sé en todo momento donde paran y hasta lo que sobre ellos piensa el principal.

Pues a pesar de tantas excelentes cualidades, y otras que mi modestia impide consignar, ni por un solo momento se me ha ocurrido pedir a don Ricardo que me ascienda en mi carrera. ¡Me va tan bien en mi puesto..!

Sobre todo, cuando llega la hora de publicar este periódico, es cuando me doy cuenta de toda la importancia que tengo yo en el Bazar.

—¡Primo, dice don Ricardo, hoy no hay recados. El Aprendiz va a cerrar. Los dependientes se miran con asombro! ¿Cerrar?

—Si señor; digo yo dándome importancia, voy a cerrar; no el establecimiento, sino el periódico, que es el orgullo y la preocupación de don Ricardo.

Este me mira, se sonríe y, dirigiéndose a los demás les dice:

¡El que quiera que haga hoy otro tanto!

Y efectivamente; a cualquiera de los dependientes del Bazar, le doy el siguiente caso: Faltan solo seis líneas para cerrar el periódico; D. Ricardo, que está al lado de las cajas, y que no deja a nadie los menesteres del ajuste, echa una medida y dice: Primo, inmediatamente al Bazar y que El Aprendiz te escriba esas seis líneas, ni una más, ni una menos.

Tomo el lapiz, lo dejo correr sobre el papel, y pregunto: ¿están ya?

Pues, servidos quedan D. Ricardo y «El Bazar».

Hasta el año que viene.

EL APRENDIZ

Imp. de EL TIEMPO.—Murcia